HOMENAJE A ANTONIO MACHADO

El primero de los actos organizados por la Junta de Cultura Española tuvo lugar en los salones de su nueva casa, el sábado 24 de febrero. Estuvo dedicado a la conmemoración del altísimo poeta Antonio Machado en el primer aniversario de su muerte, acaecida en el destierro, como se sabe, el 22 de febrero de 1939. Ocurrió la pérdida irreparable en Collioure, playita mediterránea situada a pocos kilómetros de la frontera española, en cuyo cementerio y a cargo de una comisión de la que forma parte un delegado de la Junta de Cultura, los restos del poeta aguardan junto a los de su madre, a que el pueblo español, arrojado infamemente del solar de sus mayores, pueda reintegrarse en cuerpo y alma, por entero, a los hogares que en legitimidad le pertenecen.

Se caracterizó el homenaje por su deliberada ausencia de todo artificio. Creyó la Junta de Cultura servir de modo más perfecto a la memoria del poeta suprimiendo en absoluto toda preparación. Limitóse a dar ocasión, por medio de una sencilla convocatoria, a que se manifestara improvisadamente, en selectísima intimidad, la emoción que embargaba a los reunidos frente al retrato, ornado de claveles rojos, del ilustre poeta.

El resultado, a juicio de la asistencia, fué notable. Conducido el cambio de recuerdos e impresiones por José Bergamín, inmediatamente adquirió la gran altura debida de la que no decayó ni un solo instante. Mexicanos y españoles se sucedieron en el uso de la palabra, con igual felicísima inspiración. Los poetas Xavier Villaurrutia y Carlos Pellicer leyeron con emoción insuperable varios poemas por ellos elegidos. La palabra española brotó de este modo espontánea, auténtica, maravillosamente, a través de sus naturales medios de expresión, de la comunión establecida entre los allí congregados con la verdad transcendente de nuestro pueblo.

En homenaje al ilustre desaparecido, ESPAÑA PEREGRINA se honra publicando a continuación, apenas retocada, la versión taquigráfica de la sesión inolvidable.

Mas no sin antes ofrecer a sus lectores el siguiente poema inédito, de Antonio Machado, escrito hace ya muchos años, un adiós a los campos de Soria, donde dejaba el cuerpo de su amada mujer muerta:

ADIOS, campos de Soria
donde las rocas sueñan,
cerros del alto llano,
y montes de ceniza y de violeta.
Adiós, ya con vosotros
quedó la flor más dulce de la tierra.
Ya no puedo cantaros,
no os canta ya mi corazón, os reza...

José BERGAMIN:

Nos reunimos aquí esta tarde para conmemorar el primer año de la muerte de don Antonio Machado. Pocos días antes de llegarme a París la noticia de que había muerto, tuve yo carta suya en que, contestando agradecido a aquellos amigos que en Francia le ofrecían sus propias casas en el campo —el profesor Cohen, Jean Richard Bloch, Jouvenel y tantos otros— me confiaba el poeta todavía sus proyectos, sus esperanzas. Viene ahora a mi recuerdo, al recordarle, aquél presentimiento melancólico que me hizo detener la pluma cuando escribía sobre él para *Hora de España*, evocando las últimas horas en que estuvimos juntos. Era en Barcelona al empezar el otoño sangriento de 1938. Visitaba yo al poeta en aquella amplia casa, mejor palacio, en que vivía, rodeado de un viejo jardín romántico. Por aquellos vericuetos frondosos discurríamos su hermano José y yo, hablando íntimamente de don Antonio; y comentábamos cómo su dramático destino le impedía gozar de todo aquello que había deseado siempre. En efecto, el poeta que vivió la mayor parte de su vida, desde que perdiera su infancia, en humildes cuartuchos pequeños, reducidos, vivía de la nostalgia de jardines inmensos, de estancias apartadas, de inacabables galerías; y ponía un dejo melancólico en nuestro discurrir presente el que fuese ahora, cuando el poeta apenas si podía andar por ellas, cuando las amplias estancias y galerías, las avenidas del jardín solitario, le llegasen, las tuviese tan cerca; como si su irónico destino le cercase con ellas por la muerte. No me atreví yo entonces a escribir eso tan enteramente como ahora lo digo y como entonces lo pensaba sin querer pensarlo; por eso detuve mi pluma al escribirlo; y al suceder, después, meses después tan sólo, la muerte del poeta, recordaba, como ahora lo recuerdo, este triste presagio. La muerte fué cercando su vida poco a poco con lo que más hubiera deseado; y fué trayéndole, como recuerdo infantil, como juguete de niño, aquellos jardines, aquellas inmensas estancias y largas galerías, para llevarle, y llevárnosle dulcemente por ellas, apartándole del vivir en que apuraba su nostalgia.

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
...¡Mi hora! —grité—... El silencio
me respondió: —No temas;
tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.

Murió Antonio Machado en el destierro; y exactamente como él lo presagiaba: en pleno mediodía. Había muerto asesinado Federico García Lorca al amanecer. Don Miguel de Unamuno preso en su casa, en aquél *"angosto gabinetito"* de su Salamanca, que sus amigos recordaremos siempre, murió al caer la tarde. No nos parece vaga y sin sentido esta relación en el tiempo de morir de nuestros tres poetas. Es significativa.

"Mataron a Federico, cuando la luz asomaba". Y era natural que así fuese en quien al dar su vida como testimonio de la verdad porque inocentemente moría, uniendo al del pueblo español su propio destino, moría con la esperanza: *"cuando la luz asomaba"*. Murió, en cambio, don Miguel de Unamuno acercándose al atardecer, como si todo el sentido y razón de su agonía se perfilase de este modo, por el morir, ante la noche oscura; entrando en ella por la muerte al clarear de la estrellada. La noche oscura y clara de San Juan y de Fray Luis en la que don Miguel hondamente vió y pensó y sintió el destino de España. Moría don Antonio Machado cuando *"daba el reloj las doce y eran doce golpes de azada en tierra"*. *"En la desnuda tierra"*. Muerte plenamente esclarecida, la suya, como plenamente esclareció con su palabra, el sentido total y humano de nuestro pueblo. Fué plenitud humana la de su poesía, la de su palabra firme, luminosa. Poesía que en su palabra tuvo siempre seguros contornos de pensamiento.

Aquella palabra honda, clara, de esta poesía popular y española de don Antonio Machado, es la que vamos a repetir aquí esta tarde en su memoria, con el fervor de su recuerdo; y vamos a avivar a este recuerdo, como brasa al soplo de su voz, todas nuestras mejores esperanzas, las que fueron las suyas. Duerme el poeta para siempre *"sobre la orilla vieja"* y hoy encontramos, *"una mañana pura"*, que amanece *"su barca atada a otra ribera"*; a esta ribera nuestra. Don Antonio se fué, su barca vacía está aquí con nosotros. Su barca, atada a esta ribera, evoca, recoje sus palabras. Escuchémoslas cuando como ahora:

en el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia
que dice al alma luminosa: nunca,
y al corazón: espera.

Xavier VILLAURRUTIA:

Lee los poemas de Antonio Machado, *Recuerdo infantil, Yo escucho los cantos y Copla elegíacas.*

Carlos PELLICER:

Hace dos años y medio ví por primera y única vez en Valencia a Antonio Machado. Se celebraba el Congreso de Escritores antifascistas. No lo volví a ver nunca más. Hace veinte años se me había encargado mi primer trabajo literario, una selección para la publicación en México de los poemas de Antonio Machado. Aunque era

muy muchacho, por primera vez aprendí a reflexionar sobre la poesía. En el curso de literatura, en el preparatorio, había oído leer un magnífico poema de Rubén Darío dedicado a Machado. Un soneto, *Caracol*, un canto de vida y esperanza. A esa edad, a no ser uno un Alfonso Reyes, dice muchas tonterías. De las notas que yo puse al frente de la selección, no me atrevo a recordar sino cinco renglones de una donde se afirma que tanto Machado como Rubén Darío tenían una sensible preocupación de la muerte. Al cantor de los cisnes le horrorizaba no saber a dónde vamos ni de donde venimos. Y citaba yo el mismo poema a que se ha referido José Bergamín.

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...

Carlos Pellicer lee a continuación los poemas *Retrato* y *Tarde de Primavera*.

Alfonso REYES.

No puedo negarme a la invitación tan amable de mi amigo José Bergamín, pero conste que yo no venía dispuesto a hablar sino a escuchar. En efecto, mi propósito era el de recoger, en las conversaciones que aquí han de desarrollarse, la visión del último Antonio Machado, el que yo ya no conocí.

Mis últimos encuentros con don Antonio datan de muchos años, de muchos lustros; de allá cuando él aparecía de tiempo en tiempo en Madrid, porque estaba metido en su Soria fría, donde, además del calor de su poesía, le acompañaban aquellas sus constantes inquietudes de meditador y estudiante de filosofía, aspecto sobre el cual la crítica no siempre ha insistido y de que queda testimonio en sus versos. No me refiero sólo a la atmósfera filosófica de su pensamiento, sino a sus aficiones estudiosas, a sus lecturas de libros de filosofía (recuérdese, en uno de sus poemas, la mención de *Los datos inmediatos de la conciencia*, de Bergson).

No es esta la ocasión de hacer una revisión de aquella poesía que parece agua para la sed del alma, agua bebida en el manantial y echado de bruces sobre el suelo.

Todos aquí conocen ya la calidad de esta obra poética, donde lo que más sorprende es que Machado haya podido alcanzar, con recursos tan elementales y sencillos, tan exquisitos efectos artísticos. Y esto es más notable en una época como la que vió nacer aquella poesía, época en la cual se abusaba un poco de lo que, tomándolo a mala parte, se ha llamado *literatura*. Esta virtud estética de Machado no es más que una prolongación de su forma ética. En Machado la probidad era virtud de la conducta y también del pensamiento. Sólo escribió cuando tenía algo que decir. Su bondad fué tan grande que le llevó a las alturas de la heroicidad (siempre probo) sin usar de las actitudes histriónicas de la heroicidad. Pero, repito, todo esto lo saben ustedes y no es necesario extenderse sobre ello.

Para traer alguna aportación, por modesta que sea, a estas conversaciones, quiero sólo referirme aquí a esa nostalgia de grandes patios y jardines que José Bergamín acaba de señalarnos como una visión de fondo constante en el espíritu de Machado. Según él nos dijo, Machado logró realmente vivir en ese ambiente durante sus últimos días de Cataluña. Pero yo quiero señalar el hecho de que aquella nostalgia era, en efecto, una nostalgia verdadera, es decir: un recuerdo. Es, en suma, el recuerdo de su infancia pasada entre los patios y jardines de aquella casa sevillana llamada la casa de Pilatos, donde el parque se escalona en terrazas a distintos niveles a la manera de Italia; dulce ambiente de naturaleza que el gran español sólo encontró otra vez en los días que precedieron a su muerte.

José BERGAMIN:

Es exacto lo que acaba de decirnos ahora Alfonso Reyes. Vivía en el poeta esa nostalgia de jardines y galerías, como las del alma, por un claro recuerdo de niñez: el de Sevilla. Y también es exacto que fué en él determinante de su vida y de su poesía el afán humano de la verdad. Y esto es filosofía y ética. Pues todos le vimos igualmente *"hundir sus manos puras en el agua serena"* para *"alcanzar los frutos encantados"* de ese saber que el vió *'en el fondo de la fuente"*, soñando. Fué siempre la poesía la que dió expresión verdadera a su pensamiento; pero fué también siempre este pensamiento, hondo, vivo, español, el que dió raíces vivas, filosóficas y morales a su poesía. Así dialogaba consigo mismo como dialogaba con don Miguel de Unamuno que le dijo, al separarse de él por última vez en 1936, tan sólo estas palabras: *"Estoy ciego, estoy ciego'*. Cuando el propio don Antonio me contaba este último diálogo entre él y don Miguel, veía yo trascender de su recuerdo aquél dialogar con las sombras vagas que siempre convivieron, para el poeta, con esta otra sombra quijotesca de Unamuno. Sombras que están ahora también esta tarde con nosotros, sombras magistrales de Abel Martín y Juan de Mairena. Este dramático dialogar entre sombras ponía en don Antonio y en don Miguel aquél acento claro y hondo de un pensar y sentir español que es también un diálogo y del que se ha dicho que expresa el dramático dialogar íntimo de todo lo español como la yustaposición de lo estoico con lo cristiano. Esta es la línea viva del estilo esencial de España en la palabra de su pueblo por sus filósofos y poetas. Así, en don Miguel de Unamuno y don Antonio Machado, dialogaba sombríamente este dramático modo español de ser humano y, por lo popular, divino.

Como ahora lo estamos recordando en su imagen aquí retratada, vemos que esta imagen que la

fotografía nos ofrece, demasiado sombríamente dura, tiene un perfil estoico, senequista; pero si esta misma figura pudiese volverse hacia nosotros y mostrarnos su rostro enteramente, veríamos en él aquél otro aspecto cristiano, evangélico, que encendía de amor y de bondad su imagen viva.

No insisto más en esto. La vida del poeta fué un ejemplo de este doble sentir y pensar tan español, tan popular español, que es lo estoico-cristiano. Entre Unamuno y él había una cruz trazada como un símbolo. En esta cruz no amaba mucho don Antonio ver clavado a su Cristo vivo; en esta cruz lo contemplaba en cambio don Miguel, agonizante, como el Justo, como el claro reflejo lunar de la justicia eterna. Pero no fué para ninguno de los dos, esta cruz, la cruz de la espada de Pedro, la cruz de Roma. Cristianos y estoicos, uno y otro, dialogaron dramáticamente toda su vida entre sí y consigo mismos, expresándose por la palabra española, en su raiz y en su forma, como espejo de este pueblo español que inmortalizaron por su palabra misma, cuando él, con su sangre, los ha inmortalizado a ellos.

Ved: aquí ha quedado un libro abandonado sobre un sillón vacío; son las poesías de don Antonio que vamos a seguir leyendo. Mas por ese hueco se acercan a nosotros con la sombra querida, las otras dos sombras filosóficas de Juan de Mairena y de Abel Martín. Las tres forman ahora, para nosotros, viva, como una sola sombra. Sombra magistral, amistosa y clara. Esta tarde que *"nosotros exprimimos la penumbra de un sueño en nuestro vaso"*, brindémosle con el vaso del poeta *"de pura sombra —¡oh pura sombra!— lleno"*.

Algún día serán estos que expuse aquí temas de conversación en esta casa. Entretanto, ya que he de recoger la alusión que Alfonso Reyes acaba de hacernos, tan certeramente, sobre la resonancia filosófica y moral del maestro, dejemos la palabra a un filósofo que acompañó a don Antonio Machado en su última salida dolorosa de España.

Joaquín XIRAU:

Dice que, efectivamente, tuvo el raro privilegio de ser de los últimos españoles que estuvieron en trato personal con Machado. Había sido desde hace su adolescencia una de sus grandes admiraciones, lo había conocido en Segovia y en Madrid. Pero en Barcelona tuvo ocasión por azares de su destino trágico, de vivir durante seis meses con él, y luego le cupo el honor de acompañarle hasta la frontera. No hablará por tanto de filosofía, ni poesía, ni de la íntima conjunción en que ambas estuvieron en la mente, en la voz y en los escritos de don Antonio. Se limitará a contar unos cuantos hechos cotidianos, íntimos y familiares, de su última estancia en Barcelona. Vivía, en efecto, en una vieja casa romántica siglo XIX, al pie de la montaña y cara al mar, rodeada de jardines muy frondosos, viejos y abandonados, llenos los caminos de hoja seca, con su madre una vieja andaluza, bellísima, su hermano y su cuñada, Su hermano José era para él un cirineo y casi un doble.

Las tardes de los sábados y domingos, en compañía de algunas personas más, solían reunirse en un salón muy siglo XIX, lleno de cornucopias y de dorados, en el cual tocaban y cantaban, también don Antonio, sobre todo canciones populares españolas, andaluzas, castellanas, gallegas, bailes y danzas catalanas y se mezclaba la música con lecturas no sólo de clásicos, sino sobre todo de poesías y coplas populares. Veía don Antonio en esas coplas una gran profundidad de pensamiento y tenía la idea de que probablemente en ellas estaba el germen de una filosofía española. Sus versos están llenos de coplas, muy revestidas de dignidad poética y de simbolismo francés, pero por dentro hay el esqueleto de la copla: la sentencia. Machado estaba físicamente decaído, pero tenía la cabeza firme y el espíritu sano, lleno de bondad. Difícilmente se hablaba de cualquier persona sin que respondiera enseguida: buena persona. Un hombre que dice de los demás buena persona es que es él "buena persona".

Estas pequeñas tertulias eran constantemente interrumpidas por apagones de luz y bombardeos de la aviación italiana. Rehecha la luz, volvían la copla y la conversación. En aquel ambiente romántico lleno de verdadera, íntima poesía no desaparecía nunca la serenidad.

La actitud de don Antonio era digna, señorial, perfecta, pero en nada, en nada, ligeramente optimista ni histriónicamente heroica. Aguantaba en aquel rincón de España por dignidad humana, pero sobre todo —y lo repetía constantemente— por patriotismo. Su patriotismo era silencioso, pero auténtico y verdadero. Voy a contar una anécdota que revela esta actitud suya digna, serena, al mismo tiempo heroica y pesimista: venían constantemente del frente de batalla espléndidos jóvenes que le traían presentes —corderos, panes, tabaco— de la intendencia militar... Una vez, en los días optimistas en que las tropas republicanas atravesaron el Ebro, llegaron algunos de aquellos jóvenes, gallardos, sonrientes. Le traían un cordero. En el comedor romántico, más amplio que esta sala, don Antonio les preguntó: ¿Que tal, muchachos, cómo va eso? —Muy bien, don Antonio, esto va muy bien—. Si, claro, esta va bien —contestó— y volviéndose a mí añadió: como el irlandés del cuento. Y me contó el cuento del irlandés. Con conciencia plena de la tragedia, don Antonio seguía allí, sereno y resignado. En cierto sentido, en efecto, las cosas iban *muy bien*. En medio de la hecatombe moral del mundo, en aquel rincón de España se mantenía íntegra la dignidad.

No había tabaco, no había te. A los ingleses que venía enviados por los amigos cuáqueros les ofrecíamos tila. No quiero insistir en detalles, sino pasar más bien al final de la epopeya silenciosa de Machado. Un día, un domingo, el último do-

mingo que estuvimos allí, seguía la misma imperturbable tertulia. Ese día los bombardeos apenas nos dejaban cantar. Estaban casi permanentemente treinta aviones rociando bombas. La música seguía.

Al día siguiente recuerdo que al bajar hacia Barcelona, por la calle Muntaner hubo una alarma de bombardeo y nos metimos en el refugio del Ministerio de la Guerra. Nos dimos cuenta que el Ministerio empaquetaba y preparaba la evacuación. Entonces fuí a la Facultad donde ese día, lunes, se dieron con normalidad todas las clases. Lo digo en honor de aquellos muchachos y muchachas que hasta el último momento siguieron sonrientes, comentando a San Agustín o haciendo etimologías.

El señor Xirau cuenta las diversas gestiones que hizo hasta conseguir que don Antonio Machado y su familia se salvaran con un grupo de intelectuales de la Facultad de Letras de Barcelona y destaca el papel primordial que tuvo Puche en aquella salvación. Relata después la llegada a Gerona, la instalación en una hermosa casa perdida en medio del campo, donde pasaron varios días ignorantes de cuanto pasaba (sólo por rumores conocieron la caída de Barcelona). Eran unos días magníficos. Con la paz del campo parecía imposible que hubiera guerra. Allí se reanudaron las tertulias y se hicieron incluso proyectos para la reorganización de la labor intelectual. Don Antonio pasaba las horas al pie de la ventana contemplando el campo de Cataluña. Deseaba vivamente verlo para cantarlo. No le había sido posible visitarlo antes por la carencia de vehículos. Esa contemplación del campo era su mayor placer, lo miraba, lo acariciaba con la mirada. Al cabo de unos días salimos de aquel rincón solitario. Descansamos de noche en la vieja casa solariega del mas Faixat. Cerca de la frontera los chóferes de las ambulancias que nos conducían nos dejaron en medio de la carretera, sin maletas ni dinero, al entrar la noche en un alto acantilado cerca del mar en medio de la muchedumbre que se apretujaba. El frío era intenso. Llovía abundantemente. Cuarenta personas. Mujeres. Niños. La madre de don Antonio, de ochenta y ocho años, con el pelo calado de agua, era una belleza trágica. Entramos en Francia sin dinero ni documento alguno. Nos dieron pan blanco y queso. Al cabo de unos días, estando en París, el señor Xirau supo con dolor inmenso la muerte de don Antonio y la de su madre.

José BERGAMIN

El doctor Xirau nos ha hablado de la amistosa ayuda médica y personal que prestara a don Antonio Machado durante la guerra y en sus últimos meses y días, nuestro amigo el doctor Puche. Voy a leeros unas palabras del poeta que me sirven de invitación al doctor Puche para que él mismo os pueda contar su recuerdo.

"Soy viejo y enfermo —escribía Machado— viejo, porque paso de los sesenta, que son muchos años para un español; enfermo, porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente su función. Pienso, sin embargo, que hay algo en mí todavía poco solidario de mi ruina fisiológica, y que parece implicar salud y juventud de espíritu...

Y añadía estar, por ello: "al lado de la España joven y sana, de todo corazón al lado del pueblo, de todo corazón también enfrente de esas fuerzas negras —¡y tan negras!— ...Porque: "En España lo mejor es el pueblo. Por eso la abnegada y heroica defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos —nuestros barinas— invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva. En España no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo. La democracia es entre nosotros un deber elementalísimo de gratitud".

Por haber estado al del pueblo cumpliendo su deber, estuvo el doctor Puche al lado de don Antonio Machado todo el tiempo de nuestra lucha. El mismo va a contarnos como.

José PUCHE:

Después de las palabras que acabo de escuchar resulta anacrónico hablaros de los achaques de un viejo amigo... Mas no temáis que os cuente la historia clínica de don Antonio.

Yo no le conocí hasta que el olvido de su deber a que se abandonaron algunas personalidades médicas, me ascendieron a la categoría de notabilidad suplente. Esto me llevó a asistir a don Antonio Machado. Sentía yo por él la gran admiración que todos los españoles tenían. A esa admiración se debe quizá que me lo imaginara como un hombre poderoso, fuerte. Mas pronto me di cuenta de que tenía ante mí una máquina gastada... Fuí prestando a don Antonio una asistencia más de amigo que de médico, teniendo él la comprensión de un paciente inteligente y yo ciertas tolerancias para el enfermo, llegando incluso a un acuerdo para que pudiese transgredir a veces mis disposiciones.

Tanto en su estancia en Valencia como en Barcelona pude apreciar cómo la dignidad extraordinaria de que todo momento daba pruebas le impedía pedir a sus amigos nada. Se prestaba a sufrir todas las privaciones por atender en primer término a unas sobrinitas que con él vivían, después a su madre y a su hermano, reservando para sí el último lugar. Cualquier dádiva que recibía de sus amigos era para ellos. La dignidad le acompañó en todos sus actos. Muchas veces le serví yo de elemento de enlace con los jóvenes que deseaban obtener de don Antonio unas cuartillas, una dedicatoria, una consigna de aliento para el

frente... Se trabó entre nosotros una amistad enternecedora y me fué dado pasar grandes ratos en su casa y apreciar su bondad sin límites.

Recuerda después el doctor Puche a la madre de don Antonio que cuidaba a éste como a un niño de pocos años, con preferencia a sus otros hijos, probablemente porque era el *hijo enfermo.*

Finalmente, el doctor Puche refiere las tres últimas visitas médicas que hizo en Barcelona, ya en los momentos angustiosos, en vísperas de su caída. Eran visitas médicas a tres personalidades ilustres y representativas de la República. A la primera de estas personalidades a quien visitó la encontró desasosegada, impaciente, dando visibles muestras de querer salir pronto de la ciudad amenazada y aun de España. A la segunda de estas personalidades, la de más poderosa salud y resistencia física, la encontró como derribada de su habitual firmeza y confianza, aunque sobreponiéndose noblemente a su momentánea depresión. Don Antonio Machado era la tercera de estas personalidades. Y en él creí ver, por su calma, por su serenidad en aquellas horas dramáticas, dice el doctor Puche, la más auténtica expresión del alma española.

Carlos PELLICER:

Lee los poemas de Antonio Machado, *El viajero, Yo voy soñando caminos, Cante hondo, A un olmo seco, Yo amo a Jesús.*

José BERGAMIN:

Creo que debemos señalar como significativo para nosotros que la primera conversación tenida en esta casa se haya verificado a la sombra gloriosa de Antonio Machado. Esta reunión será, por ello, la mejor introducción a la vida intelectual que queremos hacer en esta casa, españoles y mexicanos juntos. Todos los que aquí estamos reunidos hoy en nombre del poeta, hemos sentido esta emoción fraterna. Yo os, invito a los que aquí estáis, a continuar en esta conversación permanente que es para nosotros esta casa. Conversación en que todas las ideas puedan verificarse en el diálogo a esta sombra excelsa del poeta que hoy evocamos por su muerte. Pero como esta evocación, como la del retrato fotográfico, parece demasiado ensombrecida por la atención que le prestamos esta tarde a sus últimos días, a sus últimas horas dolorosas, quiero que recordemos este acto recordando otros versos suyos, que subrayan el verdadero y vivo sentido de estos poemas que acaba de leernos Pellicer, con la afirmación, siempre española, de la esperanza:

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco—sin que el partir te (inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es corta y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo y, además, no importa.

Esta afirmación, siempre española, de la esperanza; este verso final que nos dice que el arte que vivió, que amó el poeta, no importa, o importa lo que puede importarnos un juguete, debe acudir ahora como llamada a nuestro corazón, a nuestro pensamiento. Y afirmar por esta palabra española de la esperanza ese otro algo que sí importa—esa sola cosa que importa—y que todos llevamos grabada en nuestro corazón y en nuestro pensamiento.

EN MEMORIA DE ANTONIO MACHADO, víctima del destierro, no olvidemos que en los campos de concentración de Francia o bien diseminados en sus albergues y ciudades cuando no incorporados a las penosísimas compañías de trabajo, *sufren indeciblemente desde hace ya más de un año, numerosos compañeros y amigos nuestros cuyo mayor deseo sería incorporarse a nuestras actividades honradas. Mas no nos contentemos con dedicarles un recuerdo conmovido. Que todos, y en particular los ya colocados, hagan lo posible y lo imposible por facilitar el viaje y acomodo de alguno de los que lucharon en nuestras filas con tanto desinterés como denuedo. Es esta una inexcusable obligación moral que sobre todos pesa. Que nuestros amigos americanos nos ayuden, por su parte, en este empeño justo, provechoso y verdaderamente humanitario.*